

Elda, la niña nueva

Versión literaria de **Mónica B. Brozon**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**

Kipatla 
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Aleer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Mónica B. Brozon
Ilustración: Enrique Torralba
Argumento original: Marta Alcocer
Guion de la versión para televisión: Catalina López Vallejo
Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Coordinación general: Alicia Molina Argudín
Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola
María Cristina Vargas de la Mora
Marta Llorens Fabregat
Felipe de Jesús Ávalos Gallegos
Carlos Sánchez Gutiérrez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Génesis Ruiz Cota

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Víctor Hugo Ruiz Vázquez

Primera edición: agosto de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, Col. Anzures,
Del. Miguel Hidalgo,
11590, México, D. F.
www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-7514-90-9 (Elda, la niña nueva)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.


Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Elda, la niña nueva

Versión literaria de **Mónica B. Brozon**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







Como todos los años, y como todas, o casi todas las personas, Daniel esperaba con ansia que terminara el año escolar, para dejar atrás los nervios y el cansancio de los exámenes finales, reposar como es debido durante una semana entera y luego comenzar el Curso de Verano, su temporada favorita del año. Y no es que las matemáticas y la biología estuvieran mal, no. Pero el Curso de Verano era genial. No había que estudiar, no dejaban tarea y, lo mejor, había clases de arte. Las favoritas de Daniel eran la de pintura y la de escultura, sobre todo esta última.

Hacía tiempo que tenía muy claro a lo que quería dedicarse en el futuro: a hacer películas. Y sus favoritas eran las de animación, las viejitas; las que usaban modelos de plastilina que fotografiaban, cuadro por cuadro, para representar el movimiento. Su plan a corto plazo, para ese curso, era hacer un minuto de animación con sus personajes de barro. Aún no tenía muy claro el guion, pero empezaría por hacer un dragón.

Como si necesitara otro motivo para entusiasmarse por asistir al curso, al llegar vio a una niña en la entrada de la Casa de la Cultura; a una niña... ¿cómo decirlo? Diferente. Vaya, tenía dos ojos, una nariz, pero también una sonrisa que lo hizo sonrojar como ninguna otra lo había hecho antes. Algo le pasó que fue incapaz de sonreír de vuelta. Tampoco respondió el saludo que esa niña le hizo con la mano. Sólo pudo mover ligeramente la cabeza —un intento no muy afortunado de responder el saludo— y caminó hacia el salón con el corazón un poco menos apaciguado de lo que normalmente estaba.

Unos minutos después entró el profesor Ismael, seguido justamente por la niña que estaba afuera.

—¡Hola, Daniel! Se te hizo temprano, ¿no? —dijo divertido el profesor—. Mira, ella es Elda, acaba de llegar a Kipatla y va a integrarse al curso.

—Ah, órale —Daniel bajó lentamente la vista hacia el piso, porque la sonrisa de Elda había vuelto a acelerar los latidos de su corazón.



—¿Cómo que “ah, órale”? —dijo el profesor ya menos divertido—. ¿Qué tal “buenos días, Elda, bienvenida a Kipatla y a nuestro curso”?

Daniel tomó aire y repitió la fórmula del profesor con un airecito robótico que convirtió la sonrisa de Elda en una carcaja

—Muchas gracias, Daniel —respondió ella después, imitando su tono.

Poco a poco fueron llegando todos los demás. Casi todos se conocían porque habían ido juntos a los cursos de verano anteriores o porque eran compañeros en la escuela. Toño, el amigo de Daniel, fue el último en llegar.

—¿Qué onda? —intentó hacer el saludo complicado que a Daniel y a él les había costado tanto trabajo ejecutar bien, pero no hubo respuesta. Luego del apretón inicial, Daniel bajó la mano.

—¿Y ahora, tú?

—No, nada, es que... me duele el dedo

—¡Ah!, por jugar *Tierra de zombis*...

¿Hasta qué hora estuviste?



—No, no mucho, como hasta las doce.

—¡Ufff! ¡Vivan las vacaciones!

El profesor Ismael repartió los bloques de barro a cada uno de los chicos y chicas. En cuanto lo tuvo entre sus manos, Daniel olvidó el dolor del dedo (que era sólo parcialmente cierto; más bien, un extraño pudor le había impedido efectuar su espectacular saludo frente a tanta gente, en especial frente a los nuevos, con quienes no tenía tanta confianza), y se concentró en el tacto del barro. Lo amasó mientras pensaba en la forma de su dragón y, también, cada tanto, echaba un ojo para ver cómo le iba a la niña nueva. Aparentemente, muy bien. No había pasado un cuarto de hora de la clase y ya estaba rodeada



por varias compañeras y compañeros que le hacían preguntas sobre su vida en el otro pueblo. Ella, además de esa sonrisa que a Daniel le había parecido tan diferente, tenía siempre una respuesta amable para todo el mundo. Y, como si no fuera suficiente —casi demasiado—, tenía un talento excepcional para moldear figuras con el barro. Hizo un chango que, en efecto, parecía un chango. Uno muy simpático.



Al final de la clase, Elda había hecho, además del chango, una luna, un sol, una mariposa, una máscara y un pajarito. En cambio, Daniel apenas había logrado terminar su figura.

—¡Te quedó increíble tu hámster! —le dijo Carmen.

Daniel iba a aclararle que no era un hámster sino un dragón, pero en ese momento se acercó Elda y sólo le dijo a Carmen que muchas gracias.

Al terminar la clase, todos se reunieron a ver las figuras de Elda. Era buena en verdad, y se sonrojaba cada vez que se lo decían.

—Nunca había visto un sol y una luna tan bonitos —le comentó Lupe.

—Ten, te los regalo.

—¡No!, ¿cómo crees?

Elda le dio a Lupe la figura y empezó a regalar las demás a todos los que se las chuleaban. Daniel quería decirle que le había encantado su chango, pero de nuevo los nervios le impidieron el paso a sus palabras. Aunque quizá su mirada lo dijo mejor porque, de pronto, Elda tomó el chango y se lo dio.

—Éste es para ti.

—¿E... en serio? ¡Gracias, gracias!

En esa primera sesión del Curso de Verano, Elda se convirtió en la compañera favorita de la mayoría.

A la salida, el papá de Daniel ya lo estaba esperando. Conversaba con otras personas que también esperaban a sus hijos e hijas. Daniel, emocionado, le enseñó su regalo.

—¡Guau! ¡Has mejorado mucho! —le dijo él.

—No, no lo hice yo, lo hizo ella —Daniel señaló a Elda—. No te imaginas lo bien que le salen las figuras, hizo un chorro y todas las regaló...

Daniel notó que su papá no lo miraba. Se había quedado viendo hacia el sitio donde estaba Elda y, de pronto, su gesto cambió. Daniel miró hacia allí también.

Junto a Elda estaba un muchacho alto y parecido a ella. Un joven como cualquier otro, salvo por su brazo derecho, que estaba adornado con un tatuaje que lo ocupaba casi por completo. Daniel no alcanzó a ver muy bien qué era, pero se veía espectacular. El muchacho acarició el hombro de Elda, cargó su mochila y juntos echaron a andar.



—¿Sabes qué? —dijo el papá de Daniel, aún con el ceño fruncido—, mejor no te juntes con esa niña.


—Pero... ¿por qué?

El papá de Daniel no respondió. Se acercó a las mamás que aún andaban por ahí.

—¿Vieron a ese tipo? —preguntó molesto.

—¡Sí! ¡Tenía tatuado todo el brazo!

—¡Qué horror! Aquí en Kipatla no se ven esas cosas.



—Yo no quiero que Daniel se junte con esa clase de personas —afirmó el papá de Daniel—. Ese tipo de seguro es un delincuente.

—No hay que exagerar. Que alguien tenga un tatuaje no significa que sea delincuente —dijo la mamá de Paco.

—No es por exagerar, pero ¿a poco no, en todos los noticieros y en las películas, los que tienen ese tipo de tatuajes siempre son delincuentes?

—¡Claro que no! —alegó Daniel—. Jack Sparrow tiene tatuajes y no es un delincuente.

—¿Y ése quién es? —preguntó la mamá de Carmen.

—El de *Los piratas del Caribe*.

—Es un pirata. Es lo mismo —dijo el papá de Daniel—. Y si él es un delincuente, seguro esa niña tiene malas mañas también. Aléjate de ella, ya no hay más que discutir.

Daniel se pasó la tarde mirando el chango de arcilla y pensando en Elda.

Alguien que era capaz de convertir un bloque de barro en eso no podía ser delincuente ni tener malas mañas. Pero ¿y su hermano? Eso sí que no podía saberlo. Había sido muy cariñoso y atento con Elda; había saludado a todos los presentes con cortesía. ¿Un delincuente le cargaba la mochila a su hermanita? Daniel pensó y pensó hasta que le dolió la cabeza y prefirió acostarse. Cuando su mamá lo llamó para cenar ya no le dolía, pero le dijo que se sentía mal y prefería quedarse acostado. Estaba seguro de que su papá volvería a hablar de lo mismo, porque así era él. Resultaba difícil sacarle una idea de la cabeza, y parecía que las ideas sobre el tatuaje del hermano de Elda se le habían metido y estacionado allí. Daniel sabía que, al menos por lo pronto, no tenía argumentos para discutir nada.



Al día siguiente, en su camino hacia el curso, Daniel se encontró con Carmen. Al igual que él, no traía muy buena cara.

—Te apuesto a que tu mamá te prohibió que te juntaras con Elda —se aventuró a decir.

—Sí. Dijo lo mismo que tu papá. Que igual son delincuentes, pero yo no lo creo.

—No, yo tampoco.



—Y ve, mi prima Esther se hizo un tatuaje también, uno bien lindo que le rodea el tobillo como una cadenita. Yo le recordé eso a mi mamá, y Esther no es delincuente; al contrario, es súper buena onda.

—¿Y qué te dijo?

—¡Ah!, pues me salió entonces con que “no los conocemos” —rezongó Carmen.

—Pues claro que no los conocemos, si acaban de llegar a Kipatla —dijo Daniel—. Pero si nos prohíben hablarles, ¿cómo los vamos a conocer, eh? ¿Eh?

—Eso es lo que yo digo.

El ambiente en el salón, al contrario del día anterior, se sentía tenso. Era evidente que todos los papás y mamás les habían prohibido hablarle a Elda. Ella estaba sola en una mesa. Ahora el trabajo consistía en hacer una piñata con un globo, trozos de periódico y engrudo.

Esta vez, Elda eligió hacer un cerdito que mostró su tristeza conforme ella lo iba cubriendo con papel y después con pintura.

A la hora del descanso, organizaron un partido de basquetbol. Elda se acercó para integrarse al equipo, pero Paco la detuvo.

—No puedes entrar, ya estamos completos.

Ella bajó la mirada y se sentó en un escalón. Carmen la miró con tristeza.

—Yo le dije ayer que la invitaríamos a jugar basquet.

—Sí, pero a mí me prohibieron acercarme a ella —explicó Paco.

—¿Cómo? Si tu mamá fue la única que medio los defendió ayer —dijo Daniel.

—Sí, pero en la comida hablamos de eso y mi papá la convenció de que esas personas que se tatúan, se agujeran y se ponen los pelos de colores, no pueden ser buenas.

—¿Ah, no? Mi abuelita tiene el pelo pintado de rojo y te puedo asegurar que no hay persona más buena que ella en Kipatla y en el mundo —dijo Lupe, molesta.

—Mi mamá también se ha pintado el pelo —agregó Carmen.

—Mi papá no dice de esos colores, sino los azules o verdes, o así, raros.

—Pues yo no estoy de acuerdo —afirmaron las niñas casi al unísono y Daniel se les unió con un gesto.

—Como quieran, pero por lo pronto, Dan, tu mochila está abierta y Elda se sentó junto a ella. Allá tú si te roba algo —observó Paco.

—Claro que no lo va a hacer —respondió ofendido Daniel.





Comenzaron el partido y algo hizo crecer el nerviosismo dentro de Daniel. Tantas opiniones tan negativas, todas de personas adultas que se supone que saben más cosas y que la mayoría de las veces tienen razón... ¿Y si esta vez la tuvieran?

En un momento, la pelota fue a dar cerca de la escalera, Daniel la recogió y aprovechó para tomar su mochila. Vio la cara de tristeza de Elda y, un segundo después, se arrepintió. Ya no tuvo ánimos de volver al juego. Le lanzó la pelota a Paco y se fue de prisa, de mal humor.

No pudo dejar de pensar en lo que había pasado. Sabía que había estado mal y necesitaba hacer algo, ¿pero qué?

Llamó a Carmen por teléfono para platicar al respecto. Ella era la única que parecía compartir sus preocupaciones.

—¿Qué onda, Carmen? ¿Cómo estás?

—la saludó, pero de inmediato prefirió ir al grano—. Oye, ¿pasó algo después de que me fui?

—Híjole, sí te pasaste con lo de la mochila. Yo pensé que tú no te creías esos cuentos de que Elda y su hermano son rateros.



—¡No, no me los creo! La verdad es que no sé ni por qué lo hice y luego luego me arrepentí, pero pues ya era tarde. ¿Pasó algo?

—Pues sí, ya le dije a Elda que los que no quieren que nos juntemos con ella son nuestros papás y mamás. Yo quería que se sintiera mejor si sabía que no había sido cosa nuestra, pero creo que no resultó así.

—¿Qué te dijo?

—Me preguntó por qué, pero no me animé a contarle que por el tatuaje de su hermano, así que mejor le dije que no sabía.

—No, pues estuvo peor.

—Sí, creo que sí. ¿Y ahora qué hacemos?

Daniel pensó rápido. La única manera de averiguar si Elda y su hermano eran malas personas, era acercarse un poco a ellos. Todos sabían que se estaban quedando en el albergue de doña Pili, a la que él conocía porque su mamá compraba las salsas que ella preparaba.

—¿Qué tal si vamos al albergue?

—No, si mi mamá se entera de que hablé con ella, me deshereda...

—No vamos a hablar con ella, sólo vamos a investigar.

A Carmen le sonó interesantísimo ese plan. Daniel se dio cuenta de su entusiasmo cuando la vio acercarse a la esquina donde acordaron verse, vestida con una gabardina larga y unos anteojos oscuros.





—¿Qué onda contigo? No vamos a una fiesta de disfraces y estamos a treinta grados.

—Ya sé, ¡qué calor! Pero ser agente secreto exige ciertos sacrificios.

Daniel suspiró, pero al fin y al cabo, estaba contento de que alguien lo apoyara en esa empresa que se había vuelto prioridad para él.

Llegaron al albergue de doña Pili. Daniel, cautelosamente y en cuclillas, se acercó a la barda. Asomó un poco la cabeza y descubrió que Elda y su hermano estaban en el patio. Ambos trabajaban con figuras de barro en una mesa grande. “Con razón es tan buena, le viene de familia”, pensó Daniel. Con una seña previamente acordada, Daniel le avisó a Carmen que podía acercarse. Le costó mucho contener la risa que le dieron sus movimientos. Miraba de un lado al otro y se pegaba a los árboles, simulando la estrategia de una espía internacional. Aunque más bien parecían los movimientos de una contorsionista no muy talentosa. Los dos se quedaron ahí durante un rato, sólo para conocer un poco más a los sospechosos.

—¿Y hoy también estuvo buena la clase de barro? —preguntó el muchacho.

—Sí, pero no hicimos barro —contestó Elda. Carmen y Daniel reconocieron la tristeza tras sus palabras—. Hicimos una piñata. Yo hice un cerdito, pero no lo acabé porque me atrasé un chorro. Casi nadie acabó.

—Se ve que te gusta más el barro, ayer hablaste de tu clase mucho más entusiasmada.

Carmen y Daniel se miraron. Sabían que en su estado de ánimo nada tenían que ver el barro o las piñatas. Se quedaron un momento más en silencio. Daniel se fijó en la figura que el muchacho estaba haciendo.

Era un perrito chihuahua que adquiriría perfección con cada toque de sus manos. Si Elda era buena, él lo era mucho más.

De pronto, pasó doña Pili con un altero de sábanas y cobijas en los brazos. El muchacho se levantó de inmediato, se limpió las manos en la camisa y se acercó a ayudarla.

—Permítame, doña Pili, yo le ayudo.

—Sí, muchas gracias, Mario.

Esa parte ya se la conocían.

La había mostrado el día anterior afuera de la escuela: era muy amable. Pero ahora ya también conocían su nombre.

Daniel también se fijó en su brazo. No había notado antes que el tatuaje del muchacho representaba una serpiente. Cuando Mario se volvió para ayudar



a doña Pili, pudo ver la cara del reptil a la altura de su antebrazo. Por alguna razón le resultó familiar.

—¿No te parece conocida esa serpiente? —susurró al oído de Carmen.

Ella, en lugar de responder, pegó un brinco y gritó:

—¿Serpiente? ¿Cuál serpiente? ¡¿Dónde?!

Daniel intentó callarla, pero era imposible. Seguro Elda o alguien había oído los gritos, así es que no les quedó más remedio que salir corriendo. Un par de cuadras después se detuvieron, jadeantes.

—¡Arruinaste nuestra misión!

—¡Pues yo qué iba a saber de qué serpiente estabas hablando! ¡Yo creí que había una ahí!

—Bueno, ¿te pareció conocida o no?

—No, pues ya ni me fijé. Yo estaba viendo la jirafa que estaba haciendo Elda. Le estaba quedando muy bien, ¿no?

—Sí —afirmó Daniel, no muy convencido. No de la belleza de la jirafa de Elda, sino de la eficacia de su misión.

Sí, Mario parecía un chico honesto, ¿pero era eso suficiente para probarle a los papás y mamás de todos que no era un delincuente? Probablemente no. Seguro argumentarían que hay delincuentes que usan su encanto como fachada, pero... esa serpiente. Esa serpiente le parecía conocida. Y como la serpiente era el problema, Daniel pensó que por ahí había que atacarlo.

Al día siguiente, llegó un poco más temprano que de costumbre. Quería hablar con el profe Ismael de esa duda que tenía. Le describiría la serpiente y quizás, entre los dos, lograrían identificarla.

Le dio mucho gusto ver que no sería necesaria tanta descripción. Frente a la entrada de la Casa de la Cultura estaba, justamente, Mario, acomodando una serie de figuras de barro sobre una manta tendida en el suelo.

—¡Hola! —lo saludó muy casual, con el temor de que el día anterior hubieran sido descubiertos por culpa del escándalo de Carmen.

—¡Hola, hola! ¿Qué dices? —su saludo cordial contrarrestó el miedo de Daniel.

—Nada, aquí llegando, ¿y Elda?

—Está en el salón de arte. Llegamos temprano para que adelantara un poco su piñata.

—¡Ah, ya! Oye, ¡están buenísimas tus figuras! ¿A poco las vas a vender? ¿Muy caras? Y, por cierto, ¿qué es eso que tienes en el brazo?

Mario sonrió ante la retahíla de preguntas que Daniel hizo sin una pausa para respirar, y trató de recordarlas para poder responderlas una por una.

—Muchas gracias, unas son mías y otras de Elda; sí, las vamos a vender, y no, no son muy caras.



Miró a Daniel, quien no podía disimular sus ansias de conocer la respuesta a la última pregunta.

—Y esto —dijo, mostrándole de lleno el brazo—, es Quetzalcóatl.

—¡Claro! Ya sabía, ¡es Quetzalcóatl! —exclamó Daniel. Mario lo miró intrigado—. Bueno, no sabía, se me hacía conocido desde la otra vez que lo vi... el día que viniste... por Elda.

—¿Te gusta? —preguntó el muchacho con un dejo de orgullo en su voz.

—Sí, está bonito. ¿Y por qué te lo tatuaste?

—Porque es mi personaje favorito de la mitología mesoamericana. Para mí, el más dotado, ¿sí sabes qué quiere decir su nombre?

—Era algo así como... Serpiente emplumada, ¿no?

—¡Exacto! ¿Sabes qué significa que sea una serpiente emplumada? —Daniel negó con la cabeza—. Son las dos partes que nos forman a todos los seres humanos. La serpiente representa nuestra parte física, material, con todas las limitaciones que tenemos. Y las plumas son todas nuestras cualidades espirituales, éstas no tienen límites. Quetzalcóatl simboliza la vida, la luz, la sabiduría, la fertilidad, el conocimiento. Además, es el patrón de los vientos y del día...

—¡¿Qué estás haciendo, eh?! —un grito de trueno interrumpió la explicación de Mario. Era el papá de Daniel.

—¿No te prohibí que les hablaras a estas personas? —después, aún más violento, se dirigió a Mario—. Y tú, ¿qué haces poniéndole tus malos ejemplos a nuestros hijos?

En ese momento, varias mamás estaban llegado a la Casa de la Cultura para dejar a sus hijos y se acercaron a ver qué estaba pasando.



Elda, al oír el escándalo, salió del salón de arte, justo cuando el papá de Daniel tomaba a Mario de la camiseta y lo amenazaba:

—¡Ahora mismo voy a llamar a la policía!

—¿Pero por qué? ¿Yo qué hice?

—¡Deje a mi hermano! ¡Él no hizo nada! —Elda se puso entre el papá de Daniel y Mario.

A Daniel le temblaban las rodillas. Nunca había cuestionado la autoridad de su papá, pero no podía quedarse callado ante lo que estaba viendo.

—¡Déjalo papá! Él se llama Mario y ustedes están mal si piensan que es un delincuente.

Toda la gente que se había reunido a su alrededor, empezando por su papá, e incluyendo al mismo Daniel, se sorprendió por la contundencia de su frase. Se levantó un espeso silencio y Daniel tuvo que respirar profundamente para continuar.

—Él es Mario. Elda y él hacen estas figuras de barro y son personas buena onda y amables. Ustedes piensan que Mario es malo porque trae un tatuaje y perdónenme —Daniel miró a su papá al decir esto—, pero eso no es verdad.

Unos aplausitos sonaron desde atrás. Eran de Carmen.

—Nos hicieron dejar de hablarle a Elda —dijo acercándose—, que también es súper amable y muy talentosa, por algo que ni siquiera saben si es cierto. Eso no es justo.

En ese momento, el gesto de Mario se descompuso.

—¿Eso es cierto? —le preguntó a Elda—. ¿Por qué no me dijiste?



—Es que no quería que te preocuparas. Una nueva voz se integró al grupo. Era el profe Ismael, quien preguntaba qué estaba pasando. Varios empezaron a contestar, pero la voz de Mario emergió de entre todas.

—Yo aguanto lo que sea, pero no permito que se metan con mi hermana. Ella es la razón por la que estamos aquí. Quiero que vaya a la escuela y cuando se encarrere, yo entraré a la universidad, y... ¿saben qué estudiaré? —preguntó levantando con orgullo su brazo—. Historia.

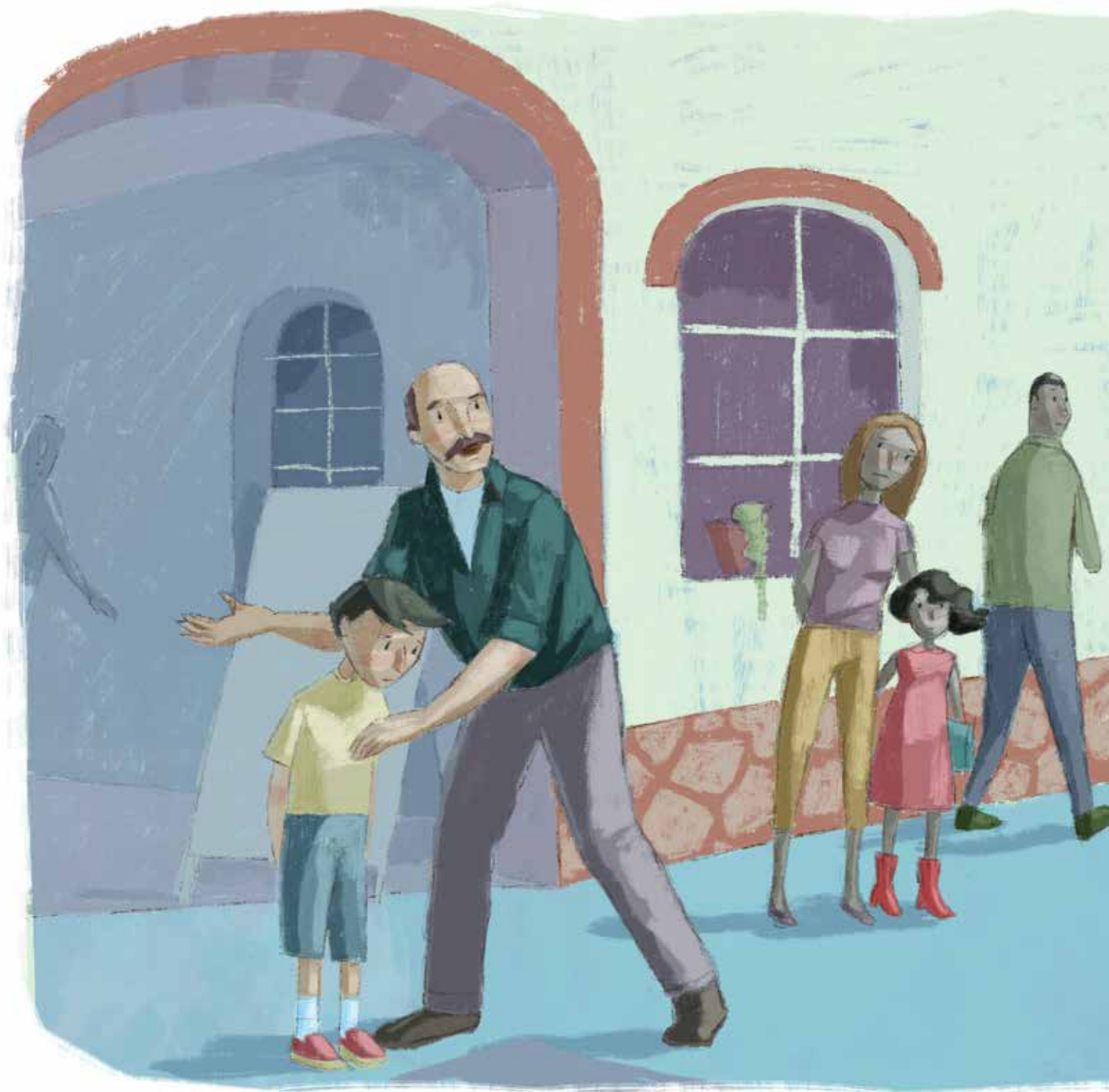
—¿Ves? —murmuró Daniel al oído de Carmen—, te dije que se me hacía conocida esa serpiente.

—Me tatué a Quetzalcóatl, no para dedicarme a asaltar, sino para nunca olvidar quién soy y de dónde vengo. Él representa todo lo que yo quiero ser.

—La vida, la luz, la sabiduría y... ¿qué más era? —aventuró Daniel.

—La fertilidad y el conocimiento —sonrió Mario—, pero lo más importante es que él nos enseña que siempre hay que intentar superar nuestras limitaciones físicas con las cualidades espirituales.







Daniel miró a su papá. Descubrió en sus ojos un rastro de vergüenza. También la mamá de Carmen había agachado un poco la cabeza.

—Así es que ustedes pensaron que Mario era un delincuente... —dijo el profe Ismael con una risita.

—No, bueno, no es que lo pensáramos así tal cual... —dijo la mamá de Carmen.

—Pues yo sí lo pensé —dijo el papá de Daniel—. En las noticias y en las películas los delincuentes siempre están tatuados.

—En las películas todo lo exageran —afirmó Daniel—, y en las noticias, algunos delincuentes están tatuados, y algunos tienen el pelo verde o aretes, o bigote. ¿A poco me van a decir que todos los hombres que tienen bigote son delincuentes?

El profe Ismael miró a Daniel con una discreta sonrisa y evidente satisfacción. Sonó una risita, era la de Elda, que sin dejar de abrazar a Mario, dijo:

—Si así fueran las cosas, yo podría decir ahorita que Toño es un ladrón, o un narco.

—¡Oye! —rezongó Toño mientras los ojos de todos los presentes se fijaban en él.

—Pues sí, traes cachucha, ¿no? Igual que el ladrón ese que agarraron hace poquito. En todas las fotos salía con cachucha.

Se levantó un murmullo de risas. Los papás de Daniel y Paco cruzaron miradas.

—Igual podríamos pensar que mi papá es un supervillano, porque es calvo, igual que Lex Luthor —dijo Matías.

Las risitas se convirtieron en carcajadas francas. El papá de Daniel tomó aire como para decir algo, pero no se le ocurrió qué y regresó a su enfurruñado silencio.

—La única forma de saber qué tienen dentro las personas es acercarse a ellas y conocerlas —concluyó Daniel, dirigiéndose claramente a su papá, quien, aunque sin deshacerse del gesto adusto, asintió.



—Claro —siguió Carmen—, y si nos prohíben hablarles, ¿cómo quieren que los conozcamos? ¿Por telepatía?

La mamá de Carmen miró a los demás adultos con una sonrisa que parecía decir: “Quizás ellos están en lo cierto”.

—Y como que ya se nos está haciendo tarde para empezar la clase, ¿no?
—dijo Lupe y rompió un poco la tensión.



Los chicos caminaron hacia el salón y algunos papás y mamás se acercaron a platicar con Mario.

El profe Ismael dirigió una mirada tranquila a quienes se habían quedado al margen, le dio al papá de Daniel una palmada afectuosa en el hombro y se apresuró para llegar pronto al salón.

—Tenías razón —escuchó que le decía Daniel a Carmen—, ser agente secreto exige ciertos sacrificios, pero da buenas recompensas, ¿a poco no?

Ella le respondió levantando su dedo pulgar y en la cara del profe se pintó una sonrisa de orgullo.

Para que CONOZCAS más...

¿Por qué las personas se adornan el cuerpo?

Adornar el cuerpo es una práctica que se remonta a los orígenes de la humanidad, la cual ha servido, desde entonces hasta la actualidad, como forma de expresión de identidades, pertenencia y conciencia para sociedades, grupos y personas.

Las formas de adornar el cuerpo comprenden la vestimenta, los accesorios, el maquillaje, el arreglo del cabello, las modificaciones corporales, las perforaciones del cuerpo para insertar aretes u otros objetos —conocidas como *piercing*—, y los dibujos o pinturas, temporales o permanentes, sobre la piel de distintas partes del cuerpo, conocidos como tatuajes.

¿Por qué se discrimina a las personas tatuadas?

En las relaciones humanas, la imagen de una persona es percibida por los demás con una opinión positiva o negativa, es decir, puede ser

aceptada o rechazada. Dicha calificación responde a la identidad construida por los integrantes de una cultura o sociedad. Si la apariencia de alguna persona se aleja de ciertas normas o reglas comunes en un grupo social —acordadas o no—, su imagen puede ser descalificada y eso podría ponerla en desventaja con respecto a las demás personas. En situaciones de ese tipo, suelen crearse etiquetas o estigmas desfavorables e incluso se le pueden negar a las personas oportunidades en condiciones de igualdad.

Los usos negativos de los tatuajes son muy remotos en la historia. En la antigüedad, en Grecia y Roma, se acostumbraba marcar la piel de los prisioneros y criminales. En épocas posteriores, se siguió marcando de esta manera a las personas, desde los marinos dedicados al robo y tráfico de mercancías, hasta los prisioneros de los campos de concentración y exterminio durante la Segunda Guerra Mundial.

Desde finales del siglo XIX, los estudios sobre los tatuajes en la cultura occidental han sido materia de la criminología, la psicología y otras disciplinas afines, y el criterio más común en ellos ha sido la asociación de los tatuajes con la delincuencia. Esto ha propiciado que existan prejuicios y estereotipos negativos hacia las personas con tatuajes, quienes sufren discriminación, rechazo y exclusión, lo que representa una amenaza al acceso y ejer-

cicio de sus derechos, incluyendo los más básicos, como el derecho a servicios de salud, a la educación y, principalmente, el derecho al trabajo.

En la actualidad, los tatuajes ya no representan necesariamente cosas negativas para las personas que los utilizan, quienes suelen tatuarse nombres de personas a las que quieren o admiran; leyendas o símbolos de diversos tipos, que significan para ellas algo importante; representaciones de flores o animales que les gustan; entre otras imágenes. Ahora, los tatuajes son simplemente una forma en que las personas deciden adornar su cuerpo, sin menoscabo del valor y dignidad que tienen, pues nadie puede ser discriminado por su apariencia.

¿Qué problemas enfrentan las personas con tatuajes?

Entre los problemas que con mayor frecuencia enfrentan las personas que tienen tatuajes están los siguientes:

- Discriminación laboral.
- Falta de acceso a servicios básicos a causa de prejuicios, estigmatización y discriminación social.
- Rechazo y exclusión social.
- Criminalización.

- Trato hostil y expresiones de desagrado, desconfianza o desprecio.
- Limitaciones para poder donar sangre en unidades de salud.

Con la *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México 2010* se reveló que una cuarta parte de la población mexicana considera que la apariencia física es uno de los principales motivos por los que sus derechos no han sido respetados.

Por su parte, el *Reporte sobre la discriminación en México 2012*, en su apartado sobre el trabajo, menciona que la discriminación laboral ocurre desde antes de la contratación. Aunque va en contra de la ley, muchas empresas siguen pidiendo requisitos relacionados con la apariencia física para poder concursar por una vacante, tales como tener una estatura determinada, tener cierta complexión física y *no contar con tatuajes, ni perforaciones*.

Ese estudio también hace hincapié en que los empleadores consideran a los tatuajes como algo negativo, pues en muchas ocasiones consideran que quien posee alguno representa un alto riesgo delictivo, dejando de lado la capacidad que la persona pueda tener para desempeñar un trabajo.

Reflexiona y actúa

¿Conoces o has visto a alguna persona que tenga tatuajes? ¿Tú crees que la forma de ser de una persona cambia si decide adornar su piel con un tatuaje? ¿Te parece correcto que una persona sea juzgada sólo por su apariencia, sin antes conocerla? ¿No te parece que, como Mario, el hermano de Elda, hay muchas personas buenas y agradables que tienen una apariencia física distinta a la de la mayoría de las personas de tu comunidad?

Elabora un *collage* con tus compañeros y compañeras usando fotos de personas que tengan apariencias distintas y que, no obstante la forma en que se ven, son personas que contribuyen positivamente a la sociedad.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Elda, la niña nueva
se terminó de imprimir en septiembre de 2014
en los talleres de Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), San Lorenzo 244,
col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
C. P. 09830, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.



Elda es nueva en Kipatla. Llega al primer día del Curso de Verano de la Casa de la Cultura. En el Taller de Arte moldea con barro hermosas figuras de animales y sorprende a sus compañeras y compañeros con su talento. Al finalizar la clase, regala todas sus creaciones. Elda le cae muy bien a los demás. Su hermano Mario va a buscarla a la salida, es muy amable, pero tiene algo que no a todos les simpatiza...

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO



EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta